

“À nous la liberté”

Nor Loto

IG: @norloto

Aún la recuerdo porque fue mi gran amor. Gaby, mi amada, se fue un día de nuestra guarida en Queens y desde entonces nada tiene color en mi vida. Se marchó enojada, como cada vez que discutíamos. Estaba tan irritada que se puso fucsia como aquel día de la asamblea estudiantil de Puan. Ella siempre fue eufórica y soberanamente libre. Era como su padre que la había abandonado cuando chica para irse a la Unión Soviética.

La mañana de su partida llevaba un vestido rojo, unos borceguíes que se veían demasiado toscos para su frágil contextura física y los pelos electrizados después de tantos días de humedad. Si viajo en el tiempo puedo decir que estaba igual que el día en que la conocí en el seminario de la miseria hecha literatura con Bukowski. Por entonces, yo era un gringo malogrado y descolorido que quería un poco de exotismo y por eso decidí viajar a Buenos Aires. Pero, volviendo a Gaby, la primera vez que la vi fue cuando ingresó a esa clase con un mate y galletones de arroz, tenía su cara pálida y su cabellera larga que la hacía parecer una virgen-santa tercermundista y yo, como un fiel devoto, caí a sus pies.

Después vino esto: una vida en Nueva York. Ella amaba esta ciudad y su caos, sus cafés horribles, el final del día en Manhattan, los brindis, el MOMA, todo y todo. De a poco dejó de reprocharse su posgrado inconcluso, la beca desperdiciada y parecía amoldarse a mi rutina. Aunque, debo decir, que también lloraba por cosas tan pequeñas que yo no sabía si reír o consolarla. Recuerdo la vez que lloró por una rata y su cría. Ambas estaban en las vías del tren, ella decía que le enternecía la ratita jugando alrededor de su madre y de pronto llegó el tren y no vimos más a la rata madre ni a la rata hija. Gaby, sintió su corazón estrujarse. Yo la abracé sin saber más qué hacer. Y otro día lloró a mares por solo imaginar las penurias de una familia mexicana que viajaba en nuestro mismo tren. Tejió una historia de cruce de frontera, sed, desdichas,

coyotes estafadores y así hasta llegar a Nueva York. Imaginó todo y lloró. Apenas la miré -ya acostumbrado a esas conductas- y seguí con mi trabajo.

También la abracé la noche antes de su partida pero lo hice con recelo, confundido y con cierta distancia porque me gritó en la cara que no me quería más (¡y yo que había sentido que ella me pertenecía!). Pero la abracé igual (aunque creo, no se lo merecía). Ella puso sus dos manos sobre mi pecho y fue su forma de poner distancia. Dormí, o al menos lo intenté, en el sofá de la sala. Luego, con los primeros rayos de sol sentí su andar por la cocina, tomó su café aguado y me dijo: Chau, que seas feliz. Me asomé por la ventana y vi su silueta perderse en el ruido de la Avenida Hollywood, de nuestro amado *neighborhood*.

Aquella fue la última vez que la vería, pero no lo sabía. El orgullo herido me hizo desear que nunca apareciera “un ielou” - como ella llamaba a los taxis yanquis -para trasladarla a quien sabe dónde. Tontamente imaginé que volvería a mi puerta, que me pediría perdón en silencio, que nos abrazaríamos y que luego compraríamos los tacos que tanto nos gustaba o que iríamos a esos cafés de la Estación Central donde estaba el “mejor capuchino del mundo”, según ella.

Minutos después, en la cocina encontré una nota escrita sobre una servilleta aún humedecida por las gotas de cerveza de la noche anterior, la había dejado colocada sobre una de las cajas de crayolas que compartíamos: “À nous la liberté”, leí. Recordé que Gaby había amado aquella película de René Clair, y ahora era mi epifanía. Así pude entender lo que siempre me dijo y yo no supe escuchar, porque pensé que seríamos uno y solo uno. Pero, ella repetía: “À nous la liberté” y siempre pensé que se refería a aquella película. Pero no, en realidad era como ella se había imaginado nuestra película.

Luego, me senté frente a una hoja en blanco que tardó años en poblarse de palabras. Diez años después pude mandársela.

Gaby, mi amada,

Sigo pensándote como la pecosa y despeinada que supe amar. Eras la chica enigmática que siempre andabas por el mundo buscando historias y que ninguna te parecía singular, porque nada era suficiente para vos, Gaby.

Odiabas muchas cosas, pero te seducía caminar por Manhattan con tu gorra de lana, aquel abrigo rojo y tu mochila llena de cosas inexplicables. Todo eso te hacía ver más pequeña, pero no sé si te importaba tu apariencia. Me decías que yo era gringo muy cliché “idemasiados lugares comunes en un solo gringo. Es mucho!”, repetías. Te gustaban los abrazos y me pedías que te abrace. A veces, incluso, tomabas mi brazo y te lo colocabas encima de tu hombro. Pero hubo un día en Brooklyn cuando me reprochaste por mis brazos; dijiste que eran muy pesados para tu contextura ósea y que te hacía sentir muy cargada. Ahora a lo lejos, me reprendo: ¿por qué no me di cuenta que ya me rechazabas, que ya no querías ser uno y solo uno?!

Te veo en aquel malecón de La Habana cuando te dejabas mojar por las olas rabiosas y que la gente se paraba a mirarte porque era lindo ver a una persona feliz. Te pienso en las siestas de tu pueblo cuando mirabas a niños que iban a la escuela, escoltados por muchos perros domésticos y callejeros, “tan felices eran ellos”, me narrabas con cierta envidia. Ese, tu pueblo era tu Macondo y te fuiste lejos a “buscar historias sin nostalgias”, así me susurrabas siempre. Ahora entiendo que tu lugar en el mundo es la libertad y que seguirás sin preocupación con tu spanglish, que tus insomnios seguirán siendo matizados con crayolas y acuarelas, pero sin mí. Y yo que pensé que seríamos uno y sólo uno.

Siempre seré tuyo.

J

Hola, James,

No sos mío, nunca fuimos “uno y sólo uno” ¿Te acordás aquel día cuando nos cruzamos con una parejita de chinos caminando por Queens? Marchaban a la

par y de pronto ella corrió sin destino. Vos dijiste que la chica estaba loca y te respondí que parecía un pájaro que salía de una jaula. El pibe lloraba y gritaba ¡Nuwa! ¡Nuwa!. Ella no volvía. Se iba más lejos y revoloteaba sus brazos simulando levantar un vuelo desprolijo y de pronto no la vimos más. Vos estabas horrorizado y yo te dije: se fue, parecía ahogada. Te lo dije.

No vuelvas a escribirme.

Hasta siempre,

G